

MATERIAL CLASE 1 BASES BIBLICAS

PERSONAJES BIBLICOS QUE ESTABAN CONTAMINADOS DE DEMONIOS

A continuación voy a presentar algunos ejemplos específicos de personas en el Nuevo Testamento que tuvieron problemas de origen demoníaco.

Aunque en el Antiguo Testamento existen algunos casos interesantes y contundentes de personas que después de ser siervos de Dios fueron tomadas y usadas por espíritus malos (por ejemplo: el rey Saúl y el profeta Balaam), los he omitido en este estudio, ya que no dejarán de haber personas que afirmen que no son válidos pues ocurrieron antes de la dispensación de la gracia y, por tanto, no son aplicables a nosotros hoy en día.

CASO #1 JUAN Y JACOB “Vosotros no sabéis de qué espíritu sois”

Lucas 9:51-56

Según la historia bíblica, se iba acercando el día en que Jesús “había de ser recibido arriba” Su crucifixión, resurrección y ascensión iban a ocurrir a corto plazo. Sabiendo esto, el Señor Jesús “afirmó su rostro” para ir a Jerusalén, ya que no era posible que un profeta muriese fuera de Jerusalén (Lucas 13:33; Mateo 16:21).

El viaje desde más allá del río Jordán (Juan 10:40) fue lento y dificultoso. Dondequiera que llegaba, las multitudes le rodeaban y oprimían, ya que anhelaban presenciar alguno de Sus milagros o escuchar alguna de Sus enseñanzas. La gente que le seguía, ya sea por necesidad o por curiosidad, le imposibilitaba avanzar tan rápido como Él quería.

A su paso por la provincia llamada Samaria descubrió que al acercarse la noche todavía estaba en un lugar virtualmente despoblado. No queriendo dormir a la intemperie, envió por

delante a varios de sus discípulos a una ciudad cercana, habitada enteramente por samaritanos, para que le preparasen alojamiento.

Los samaritanos, impulsados sin duda por el profundo antagonismo que sentían hacia los judíos por causa de los malos tratos que habían soportado a manos de ellos durante varios siglos, se negaron rotundamente a recibirlo, especialmente sabiendo que su (plan) era ir a Jerusalén para participar en la fiesta religiosa que se avecinaba.

Los mensajeros regresaron decepcionados al lugar donde Jesús los esperaba. Cuando los demás discípulos se enteraron del desaire sufrido, se enfurecieron. Juan y Jacobo, los famosos “hijos del trueno”, solicitaron permiso para hacer que fuego descendiera del cielo y consumiera a todos esos samaritanos renegados.

Jesucristo los reprendió duramente, diciendo: “Vosotros no sabéis de qué espíritu sois”, insinuando que aquellos discípulos ignoraban qué espíritu se estaba manifestando a través de ellos en ese momento.

Algunas versiones modernas han eliminado por completo esta frase, quizás porque sus traductores no creían que un seguidor de Cristo pudiera “tener” demonios. Y, sin embargo, una versión reciente de llamada “La Biblia al Día” traduce esta expresión de Jesús así: “¿Qué clase de espíritu tienen ustedes?”

Era obvio que Juan y Jacobo estaban siendo animados por otro espíritu y no por el Espíritu de Dios. Las palabras que salieron de la boca de ellos denotaban actitudes contrarias al verdadero espíritu de Cristo, su Líder y Maestro.

Juan y Jacobo manifestaron un espíritu racista, de prejuicio y quizás odio hacia los samaritanos. Aparentemente no les importaba matar centenares de víctimas inocentes, con tal de tomar represalia o venganza por la ofensa sufrida. Jesucristo tuvo que recordarles que Él no había venido “para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas.” Con el paso de los años Juan fue transformado y llegó a ser “el apóstol del amor”.

El Espíritu Santo sin duda renovó su mente y purificó su corazón de esos sentimientos negativos que había desarrollado por influencias familiares, ambientales o raciales.

Este pasaje bíblico nos obliga a considerar la posibilidad de que aún seguidores cercanos de Cristo pudieran estar influenciados o motivados por un espíritu ajeno al Espíritu de Dios. Es preciso confesar que muchos de nosotros también en cierta ocasión hemos sentido ira, rencor, odio, sed de venganza, etc. al ser objetos del rechazo o de un desprecio. Hemos sido impulsados a desquitarnos, a cobrar cara la afrenta sufrida. Una actitud semejante revela que un espíritu no de Dios está en control de alguna área de nuestra vida, afectando seriamente nuestra relación con los demás (creyentes y no creyentes) y dañando nuestro testimonio ante el mundo.

CASO #2 SIMON PEDRO “Quítate de delante de mí, Satanás” (Mateo 16:21-23)

Había llegado el momento preciso en que era necesario que el Señor Jesús preparara a Sus discípulos para los trágicos eventos que estaban por suceder en cumplimiento de los planes divinos y eternos para Él y para toda la humanidad.

De consiguiente, Cristo les comenzó a revelar que le convenía subir a Jerusalén a padecer, morir y resucitar al tercer día. Pedro, osado e

indiscreto como siempre, le tomó aparte y empezó a reprenderle, tratado de despertar en Él lástima propia. “Ten compasión de Ti mismo”, le dijo, “no permitas que tal cosa te acontezca”.

Pedro quiso activar en Cristo el instinto de auto-preservación, para que a toda costa evitara tener que ir a la cruz a dar Su vida en propiciación por los pecados del hombre.

Jesús inmediatamente discernió que en Pedro operaba un espíritu que se oponía a la realización de los propósitos de Dios para la humanidad.

Sin vacilaciones ni contemplaciones, se tornó hacia Pedro y le dijo: “Apártate de mí, Satanás: me eres escándalo (estorbo, tropiezo)...” Evidentemente, Satanás tenía acceso a la mente y boca de Pedro y en ese momento lo estaba usando para disuadir o detener a Jesús en el cumplimiento del plan de redención.

¿Por qué pudo Satanás tomar y usar a Pedro con tanta facilidad para que fuera inconscientemente su instrumento para tratar de impedir que Jesucristo cumpliera Su misión divina?

Recordemos que horas o días antes Pedro había sido usado por el Espíritu Santo para dar a conocer una de las revelaciones más trascendentales de las Sagradas Escrituras” la divinidad de Cristo (Mateo 16:13-19).

¿Será posible que Pedro malinterpretara, como tantos lo han hecho desde entonces, las palabras de Cristo (“Tu eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia...”), y que comenzara a creerse superior a los demás discípulos? Si esto fuere cierto, no es de extrañar que el orgullo o la altivez de espíritu abrieran las puertas a una operación de demonios en su corazón.

En forma similar, muchos de nosotros hemos sido atacados por el enemigo, que usando de astucia ha querido (y a veces logrado!) despertar en nosotros también la lástima propia.

Él nos hace pensar que nadie nos quiere ni comprende. Nos deprimimos y aislamos, y terminamos siendo víctimas fáciles de sus artimañas. Esto aún podría provocar en nosotros trastornos mentales o emocionales que nos podrían llevar a fatales consecuencias, incluyendo la demencia y el suicidio.

“Satanás os ha pedido para zarandáros como a trigo” (Lucas 22:31)

La noche en que fue entregado, después de haber celebrado la Pascua con Sus discípulos, Jesucristo les hizo una serie y solemne advertencia de que todos iban a ser escandalizados y dispersados (Mateo 26:31-32).

Pedro, confiando en sí mismo, le replicó, “Aunque todos sean escandalizados en ti, yo nunca seré escandalizado”. Con estas palabras él revela cierto orgullo y suficiencia propia, pues evidentemente se creía más fuerte y valiente que los demás discípulos. Sus intenciones eran loables, pero el problema de Pedro (tan común a todos los hombres) es que él no se conocía a sí mismo.

“Pronto estoy a ir contigo aun a la cárcel y a la muerte” (Lucas 22:31), insistió en decir, “Mi alma pondré por Ti” (Juan 13:37). Él estaba seguro de que nunca negaría o traicionaría a su Señor. Y sin embargo, Cristo le anunció que esa misma noche él iba a ser sometido a una dura prueba, y que antes del amanecer le negaría tres veces.

Por revelación divina, Jesús sabía que Satanás se había presentado ante el trono de Dios para pedir licencia de “zarandear” a Pedro como a trigo (Lucas 22:31-32). La zaranda (llamada también criba o

harnero) era un implemento empleado en la agricultura para separar el trigo de cualquier desperdicio (paja, cascarilla, etc.) con el fin de dejar el grano limpio para ser llevado para al molino y ser convertido en harina.

Pedro (como también los demás discípulos) iba a caer víctima de una fuerte opresión del enemigo. “La potestad de las tinieblas” (Lucas 22:53) iba a reinar por unas cuantas horas. Satanás se iba a ensañar de él con permiso divino.

Según Mateo 26 y Lucas 22, bajo la influencia de Satanás y sus espíritus inmundos Pedro hizo esa noche varias cosas que nunca hubiera hecho si estuviese en pleno control de sus facultades espirituales y mentales:

- 1) Cayó en un profundo sueño, juntamente con Juan y Jacobo, miembros del círculo íntimo de Jesús (Mateo 26:36-45; Lucas 22:39-46). El Señor le reprochó que no hubiera podido velar en oración con El una mísera hora. Fue entonces cuando Él dijo aquellas memorables palabras, “Velad y orad, para que no entréis (o caigáis) en tentación” (Mateo 26:41).
- 2) Usó de la espada, supuestamente para defender a su Maestro (Mateo 26:51; Lucas 22:50). Una lección que él nunca había aprendido es que en la guerra espiritual las armas carnales son totalmente inútiles (2a. Corintios 10:4-6).
- 3) Siguió a Jesús “de lejos”, no queriendo identificarse plenamente con El. En el proceso, hizo amistad con los mismos criados (alguaciles) del Pontífice que estaba sometiendo a Jesús a juicio (Mateo 26:58; Lucas 22:54).

4) Negó tres veces consecutivas a su Señor con juramentos, maldiciones e imprecaciones (Mate 26:69-74; Lucas 22:55-60).

Pedro, sí es preciso que reconozcamos que él fue el instrumento escogido por Dios para servir de líder a la Iglesia en su primera etapa, descrita en el Libro de los Hechos del capítulo 1 al 12. Como tal, jugó un papel importante en introducir o presentar el Evangelio en su plenitud a los judíos (Hechos 2), samaritanos (Hechos 8) y gentiles (Hechos 10).

Sin embargo, Pedro era susceptible a los demonios, dejándose usar en más de una ocasión por Satanás en su intento por entorpecer o estorbar los planes de Dios.

CASO #3 JUDAS ISCARIOTE “¿No he escogido yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo?” (Juan 6:70)

Jesucristo enfrentaba una de las primeras crisis de su ministerio. Muchos discípulos, al escuchar Sus enseñanzas acerca del costo y compromiso de ser Sus seguidores, se ofendieron y decidieron volver atrás.

Cristo entonces preguntó a los doce, si ellos también querían irse. Pedro, siempre impetuoso, se adelantó a decir: “¿A quién iremos, si sólo tú tienes palabras de vida eterna?”

Fue en ese momento que Jesús insinuó que Satanás se había infiltrado en las filas apostólicas. Sus palabras, “y uno de vosotros es diablo”, podrían ser mejor traducidas, “y uno de vosotros es el diablo mismo”. Otra versión, quizás poco conocida, traduce esta frase así: “y uno de vosotros es un demonio”. ¿Por qué pudo Satanás seducir y luego poseer fácilmente a Judas? Porque era “ladrón” (Juan 12:6). Motivado sin duda por la codicia o avaricia

(Proverbios 1:19), había sido deshonesto en el manejo de los fondos del tesoro común del bando apostólico.

A sabiendas de quién era Judas, Jesús lo había escogido entre una multitud de discípulos para que fuese uno de Sus doce apóstoles (Marcos 3:13-19). Esto era necesario “para que la Escritura se cumpliese” (Juan 17:12). Según Marcos 6:7, 12-13, Jesús lo había dotado, como a los demás apóstoles, de autoridad para sanar enfermedades y expulsar demonios, y lo había enviado a proclamar y a demostrar y a demostrar el reino de Dios. Aparentemente Judas lo había hecho con mucha efectividad.

Ya para finalizar el ministerio terrenal de Cristo, la Escritura dice que el diablo sembró en Judas la idea de entregar a Cristo:

“... el diablo ya había metido en el corazón de Judas... que le entregase” (Juan 13:2)

Este pasaje demuestra que el diablo tenía acceso directo al corazón (el asiento o sede de los afectos personales) de Judas. Es evidente que él tenía una ciega ambición de poder.

En su mente enfermiza tiene que haberse cruzado muchas veces la idea de que, siendo él tesorero del bando apostólico (Juan 12:6; 13:29), también llegaría a ser “ministro de finanzas” del reino que Jesús iba a instaurar.

Decepcionado porque Jesús no había sabido aprovechar las oportunidades que se le habían presentado de convertirse en Rey de los Judíos (Juan 6:15), Judas decidió mejor traicionarlo y venderlo a sus enemigos, los líderes religiosos de Israel.

Judas se prestó dos veces consecutivas para que Satanás en persona (y no por medio de un demonio de ínfima categoría) entrara y se manifestara en él.

En la primera ocasión (Lucas 22:3-6: “Y entró Satanás en Judas”), hizo todos los arreglos necesarios para entregar a Jesús a los que buscaban una ocasión propicia para matarle. En la segunda (Juan 13:21-27: “Y tras el bocado Satanás entró en él”), fue a reunir y a dirigir la turba que apresó a Jesús en el jardín del Getsemaní.

Es posible que para entonces Judas hubiese actuado como un autómatas, totalmente inconsciente de lo que estaba haciendo. Su personalidad humana había quedado sumergida, mientras que Satanás hablaba y actuaba libremente en él.

Judas tuvo, horas más tarde, un rudo despertar. Cuando volvió en sí, se dio cuenta que había entregado “sangre inocente”. Sintiendo un gran remordimiento por lo que había hecho, hizo un intento infructuoso por deshacer el trato hecho (Mateo 27:3-5), pero al no lograrlo, tomó la fatal determinación de quitarse la vida.

Si los cuatro miembros más prominentes del bando apostólico - Pedro, Juan, Jacobo (Su círculo íntimo) y Judas (Su tesorero) - tuvieron problemas demoniacos, ¿cómo nos atrevemos a afirmar que nosotros no los pudiéramos tener?

Por lo menos deberíamos explorar esa posibilidad y someternos, si es necesario, a liberación para ser libres de ellos. Los apóstoles sin duda lo hicieron, pues en Mateo 10:8 Jesús les dice: “Sanad enfermos... echad fuera demonios: de gracia recibisteis, dad de gracia.” Es claro que Él los estaba enviando a ministrar lo que ya habían recibido o experimentado, la liberación entre otras muchas cosas.

CASO # 4 LA MUJER CON EL ESPIRITU DE ENFERMEDAD “Y he aquí una mujer que tenía espíritu de enfermedad dieciocho años, y andaba agobiada...” (Lucas 13:11)

Jesucristo, como acostumbraba hacerlo, estaba ministrando o enseñando en una sinagoga un sábado cualquiera, cuando se dio cuenta de que estaba presente en la congregación una pobre mujer que adolecía de una grave enfermedad.

Su condición era lastimera. Su cuerpo estaba doblado casi hasta el piso de tal forma que de ninguna manera se podía enderezar. Sufría de una desviación de la columna vertebral, ocasionada quizás por lo que los médicos llaman “osteoporosis”, una enfermedad bastante común hoy en día, causada mayormente por la descalcificación de los huesos. Este impedimento físico la invalidaba para cumplir aun los oficios domésticos más sencillos.

Movido a misericordia, Jesús la llamó y la puso en libertad diciendo, “Mujer, eres libre de tu enfermedad” No ató ni reprendió al demonio, sino que utilizó un método poco usual en la liberación: la de declarar al paciente libre usando de Su autoridad espiritual.

Aunque ya estaba libre del espíritu malo que la agobiaba y la deformaba, la mujer seguía encorvada. Acto seguido, Jesús se acercó a ella y le impuso las manos, como lo hacía frecuentemente cuando ministraba a los enfermos (Lucas 4:40).

Inmediatamente la mujer se enderezó y comenzó a glorificar a Dios por el doble milagro que había recibido. Si algunos todavía dudan de que la liberación sea un milagro, pueden leer Marcos 9:38-39 para convencerse.

La restauración de esta mujer produjo una reacción violenta de parte del líder de la sinagoga, quien objetó a que Jesús hiciese esta obra en un día sábado, violando así las tradiciones judaicas en cuanto a la observancia del día de reposo. Jesús, tal vez airado, respondió:

“Y a esta hija de Abraham, que he aquí Satanás la había ligado dieciocho años, ¿no convino desatarla de esta ligadura en día de sábado?” Lucas 13:15-16 - 31

Esta frase nos indica que la enfermedad que la mujer sufría no era de origen natural, sino sobrenatural, provocada por la presencia en su cuerpo de un espíritu de enfermedad que la deterioraba la espina dorsal.

La mujer no era una hipocondríaca; ni su enfermedad era psicósomática (como algunos han insinuado), sino real. Satanás durante dieciocho años la había mantenido “atada”, colocando en ella este espíritu de enfermedad para atormentarla y despojarla de su libertad.

Hoy existen en el mundo graves enfermedades que no responden efectiva o permanentemente aun ante los tratamientos médicos más sofisticados. Los doctores, especialistas en su ramo de la medicina, muchas veces enfrentan tremendas dificultades para diagnosticarlas y más aún para curarlas.

Los medicamentos que aplican apenas logran arrestar los avances o estragos de la enfermedad, prolongando la vida de sus pacientes unos cuantos meses o años, dándoles de esa manera una oportunidad de que más o menos se desenvuelvan en sus actividades habituales.

A los demonios no se les puede detectar con exámenes de, orina, sangre, etc., sino a través del don de discernimiento de espíritus. La presencia de demonios en nuestro organismo no se comprueba con rayos X o ultrasonidos.

Los cardiogramas, encefalogramas y fonogramas dan indicios de graves alteraciones en el funcionamiento de nuestros órganos vitales, pero no revelan su causa u origen.

Los espíritus de enfermedad no salen ni aun con las drogas más potentes. La radiación, la quimioterapia y otros tratamientos modernos - que además de ser dolorosos y peligrosos, son extremadamente costosos - no pueden aniquilar a los demonios. La medicina es impotente para combatir una infección demoníaca - ¡Sólo con el poder de Dios lo puede hacer!

Jesús reconoció que esta mujer era una “hija de Abraham”. No era una persona de malas costumbres, sino buena, noble, devota al Dios de Israel, una asistente regular a los oficios religiosos que se llevaban a cabo en aquella sinagoga.

Ahora debemos preguntarnos, ¿qué significa realmente ser hijo o hija de Abraham? Para saber exactamente que implica ser hijo(a) de Abraham tenemos que recurrir a las Sagradas Escrituras. La Palabra de Dios sólo puede interpretarse correctamente comparando Escritura con Escritura.

Según Gálatas 3:7, “Los que son de fe, los tales son hijos de Abraham”.

Respetando esta declaración tenemos que afirmar que esta mujer era una creyente genuina que, a semejanza de Abraham, el Padre de la Fe, creía a Dios (Romanos 4:11, 16; 9:7-8).

Nosotros también somos descendencia de Abraham (Gálatas 3:29) por ser de Cristo, quien en el versículo 16 del mismo capítulo es llamado la verdadera simiente de Abraham.

Este caso viene a probar una vez más que aun los verdaderos creyentes (los creen a Dios y a Su Palabra) pueden ser invadidos en alguna parte de su cuerpo o alma por espíritus malignos, y que, por tanto, necesitan someterse a un ministerio ungido por el Espíritu Santo, que en base a su experiencia y autoridad pueda libertarlos de estas ataduras.

CASO # 5 ANANIAS Y SAFIRA “¿Por qué ha llenado Satanás tu corazón a que mintieses al Espíritu Santo?” Hechos 5:3 - La iglesia del primer siglo, llamada primitiva o apostólica estaba pasando por su mejor momento. Debido a la manifestación continua del Espíritu Santo, se había despertado en ella un sincero afán por ayudar a la gente pobre o menesterosa.

Los hermanos vendían sus bienes inmuebles y traían el producto de la venta para ponerlo en las manos de los apóstoles, quienes lo distribuían en forma justa y equitativa entre las personas más necesitadas de la iglesia y del pueblo (Hechos 4:34-35)

Ananías y su esposa Safira, miembros en propiedad de la iglesia de Jerusalén no quisieron quedarse atrás. Imitando a los demás donadores, decidieron vender una propiedad y dar el producto de la venta a la iglesia.

Es probable que en la transacción obtuvieran una cantidad mayor que la esperada. Ya con el dinero en la mano, Ananías y Safira fraguaron un plan para engañar a los apóstoles, decidiendo entregar sólo una parte del dinero pero pretendiendo que era todo. Este iba a ser un acto de simulación e hipocresía.

Ananías, bolsa en mano, se presentó delante del apóstol Pedro, esperando ser elogiado por su liberalidad, pero las cosas no salieron como él pensaba. Con tono severo, Pedro recriminó a Ananías por su intento de engañar a Dios, diciéndole:

“Ananías, ¿Por qué ha llenado Satanás tu corazón a que mintiese al Espíritu Santo?... ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios”

(Hechos 5:3-4)

Estas palabras revelan que Ananías, en su tentativa de engañar a Pedro, y por ende a Dios, estaba siendo influenciado por Satanás, quien había logrado penetrar su corazón y sembrar allí la idea de llevar a cabo este hecho tan reprochable.

La palabra “llenado” es la misma que aparece en Hechos 2:4 al hablar de la llenura del Espíritu Santo. Satanás no lo estaba influenciando desde afuera, sino desde dentro.

Aunque Ananías había sido instigado por Satanás para llevar a cabo esta acción, él era plenamente responsable de lo que había hecho. Su mujer y él se habían puesto de acuerdo, en forma premeditada, para engañar a los apóstoles.

No podía decir, como para justificarse, “El diablo me obligó a hacerlo”, ya que, en pleno uso de la razón, lo estaba haciendo. Prueba de esto es que tuvo que pagar caro su atrevimiento. Como consecuencia de su pecado, sufrió una muerte fulminante y fue enterrado sin pena ni gloria.

Safira, su mujer, sufrió la misma suerte (5:10), lo que viene a probar que “hechor y consentidor” son igualmente culpables delante de Dios (Romanos 1:32).

Los casos #1-4 ocurrieron antes del Calvario y del Pentecostés, lo cual algunos han usado para aducir que aquellos personas no habían experimentado el nuevo nacimiento y que por lo tanto eran susceptibles todavía a demonios, Pero el caso que acabamos de

considerar sucedió después del derramamiento del Espíritu en el día del Pentecostés, cuando ya el Espíritu Santo estaba obrando plena y poderosamente en la Iglesia, regenerando, transformando y liberando a los que se arrepentían y se entregaban de corazón a Cristo.

Ananías y Safira eran sin duda verdaderos creyentes, porque de otra manera no podían formar parte de la iglesia de Jerusalén. En aquel tiempo, sólo a las personas que habían dado amplia evidencia de su conversión se les permitía asistir a las reuniones en el templo o por las casas.

II. PASAJES BIBLICOS QUE COMPRUEBAN QUE UN CRISTIANO PUEDE ESTAR CONTAMINADO DE DEMONIOS

Ahora vamos a abordar cuidadosamente algunos pasajes bíblicos que a mi parecer ayudan a probar que un cristiano sí puede ser invadido y atado por espíritus inmundos. Ningún pasaje aislado es suficiente en sí mismo para establecer una postura doctrinal irrefutable.

Hay que estudiar cada pasaje en relación con su contexto y con los demás textos que tratan del mismo asunto.

“Si ... recibiereis otro espíritu del que habéis recibido” - 2 Corintios 11:3,4 –

“Ni deis lugar al diablo” - Efesios 4:27 –

“Lo que los Gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios: y no querría que vosotros fueseis partícipes con los demonios” - 1 Corintios 10:20 -

“El tal sea entregado a Satanás para muerte de la carne, porque el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús” - 1 Corintios 5:5 -

Espero que el análisis de estos versículos y pasajes bíblicos lo hayan convencido que un cristiano, aunque regenerado y bautizado en el Espíritu Santo, pudiera estar afectado, contaminado, oprimido, infectado u atado desde adentro por espíritus malos, y que, por lo tanto, necesita someterse a una oración intensa de liberación, preferiblemente a manos de una persona que Dios haya ungido y capacitado para tan delicado ministerio.

La Biblia llama la liberación “el pan de los hijos” (Mateo 15:26) y en realidad únicamente los hijos de Dios tienen derecho a recibirla. No es de extrañar entonces que en la oración modelo - “el Padre Nuestro” - el Señor Jesús les haya aconsejado a Sus discípulos que entre otras peticiones orasen pidiendo al Padre celestial que los librase (o liberase) del malo (Lucas 11:4).

A las personas que sin ser cristianas han acudido a nosotros en busca de liberación, siempre les hemos exhortado que se conviertan primero a Cristo para optar a la liberación.

Si rehúsan hacerlo, nosotros también rehusamos orar por ellas, pues hemos descubierto que difícilmente pueden recibir liberación y si la reciben la pierden casi inmediatamente, ya que Satanás reclama el derecho legal de estar en ellas por ser parte de su familia (Mateo 12:43-45).

Al liberarlas, no les estaríamos haciendo un favor, pues al volver los demonios, acompañados y reforzados por otros, su condición postrera será peor que la primera (2 Pedro 2:20-22).

Antes de lograr que su hija “malamente atormentada del demonio” fuera liberada y sanada, la mujer Sirofenicia tuvo que confesar a Jesús como “Señor” (Mateo 15:21-29).

La Escritura dice que todo aquel que invoca el nombre del Señor será salvo o liberado (Joel 2:32; Romanos 10:13) También afirma que “nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por Espíritu Santo” (1

Corintios 12:3). Evidentemente el Espíritu Santo ya estaba obrando en ella para beneficio propio y también de su hija enferma.

El endemoniado gadareno, antes de ser liberado, clamó a gran voz: “Jesús, Hijo del Dios Altísimo” (Marcos 5:7), con lo cual estaba cumpliendo la condición establecida en Juan 20:31 y Juan 4:15 de que al creer (y confesar) que Jesús es el Hijo de Dios, se recibe la vida eterna.

A no dudar, en el momento que él se postró delante de Jesús en humillación y adoración, algo maravilloso sucedió en él que lo preparó para experimentar la liberación y transformación de su vida.

El ministerio de liberación es indispensable para la supervivencia del pueblo de Dios y en su preparación para la segunda venida del Señor Jesucristo. El prometió venir por una Iglesia santa (Efesios 5:27) e irreprochable (1 Tesalonicenses 3:13; Judas 24), y, aunque es evidente que la Iglesia actual no está todavía lista para recibirle, podemos estar seguros que Dios va hacer todo lo que sea necesario para prepararla para ese evento tan glorioso (Daniel 12:1).

El ministerio de liberación, que apenas comenzó a ser restaurado a la Iglesia hace aproximadamente 40 años, es un paso más en la renovación y preparación de la Iglesia para la venida del Señor Jesús.

La Escritura dice que todo aquel “que tiene esta esperanza en El, se purifica, como Él también es limpio” (1 Juan 3:3). Nuestro deber como cristianos es limpiarnos “de toda inmundicia de carne y espíritu, perfeccionando la santificación en el temor de Dios” (2 Corintios 7:1).

Como parte de ese proceso necesitamos ser liberados de toda contaminación “de carne y espíritu” provocada por los espíritus inmundos que pudieren estar operando en nuestro ser. Y cuanto

más pronto lo hagamos, mejor, porque no sabemos el día ni la hora en que Él ha de venir (Marcos 13:32).

Si después de examinar sus vidas personales ustedes llegan a la convicción de que hay una fuerte opresión en sus vidas u hogares causados por demonios o por hechizos arrojados sobre ustedes y sus familiares, no vacilen en buscar una ayuda eficaz.